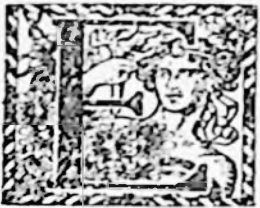


Hernán Díaz Arrieta (Alone)

## “Don Andrés” (1)



L tiempo y el espacio dividen, nítidamente, la existencia de don Andrés Bello en tres partes.

Treinta años en Caracas, la ciudad natal: años en que su inteligencia se abre al mundo, a la naturaleza, a los libros, a la vida social y administrativa, años de formación moral y espiritual.

Dieciocho años en Londres: la madurez confirma y moldea su cerebro; el estudio satisface su apetito de saber, insaciable; los sufrimientos lo templan. Son los años de la pobreza y de los matrimonios, de los desengaños fecundos y de la tenaz resistencia contra el destino.

Treinta y seis años en Santiago de Chile. La plenitud productora, la grande influencia, el Derecho de Gentes, la Gramática, el Código Civil, la Universidad, el patriarcado intelectual de un pueblo nuevo que lo acoge y lo eleva, inmortalizándolo.

---

(1) Dos capítulos de una «vida novelada» de don Andrés Bello.

Creemos que conviene respetar esta división vigorosamente marcada.

I. Infancia y Juventud.—II. Madurez.—III. Plenitud y Ancianidad.

## PRIMERA PARTE

### INFANCIA Y JUVENTUD

(Caracas, 1781-1810)

«Las impresiones de la niñez ejercen sobre nosotros un poder irresistible y deciden por lo común de nuestra felicidad.

Bello.

#### I

El organista apoyó con fuerza la última nota, que vibró largamente en el templo solitario, y quedó silencioso, contraída la frente por una raya de preocupación. No estaba satisfecho. Repitió entera la frase, hizo algunas correcciones en el cuaderno sobre el atril y, cerrando el instrumento, cuya tapa esparció un hueco son por las naves, púsose de pies y se acercó a la barandilla del coro.

Al fondo, el sacristán encendía las velas del altar mayor y el traje de la Virgen, oro y seda blanca, bañábase en una claridad líquida. Luego empezaría la ceremonia y llegarían los fieles a la novena de la Merced.

El organista descendió la escalerilla caracoleada, bajo el campanario y, cruzando lentamente la iglesia, llegóse a la sacristía. Profesional y solícito, acudió el sacristán a saludarlo y a responderle, antes que le preguntara: —Fray Ambrosio y el niño están en la Biblioteca.

Una sombra de contrariedad pasó por la fisonomía grave del caballero. Ni su reverendo cuñado ni su hijo mayor demostraban aficiones musicales y mientras él ensayaba esa Misa solemne que habría de darles gloria, ellos, invitados a escucharle, ibanse calladamente del templo y estarían ahora entre los libros.

Menos mal si fueran obras de piedad: la seriedad precoz del mozo, que ya andaba en sus doce años cumplidos, había inspirado a sus padres la idea de que tenía vocación religiosa y procuraban estimulársela; pero el tío mercedario, con quien parece que debían contar para la empresa, solía desviarle la atención inconsideradamente hacia lecturas harto profanas. No ha mucho los había sorprendido Andrés recitándoles toda una tirada de «No hay burlas con el amor», y otra, apasionadísima, de «La Vida es Sueño» por Calderón de la Barca. Interrogólo ese día don Bartolomé y supo que, a más de Calderón, conocía el chico, y hasta había comprado por dos reales, unas piecicillas de Lope de Vega y sospechó que empezaba a leer *El Quijote*.

¡Cómo había cambiado en poco tiempo!

Hasta ayer no más se entretenía con los rapaces de su edad en los juegos propios de la infancia, si bien te-

ñidos siempre de ese carácter que se le iba desarrollando ahora en la vecindad del Convento y la compañía de los frailes. Todavía recordaba el padre con una sonrisa cuando, llamado por su mujer, la buena doña Ana Antonia López, asistió en la arboleda de su casa a un pequeño acto litúrgico organizado por Andrés. Ella y fray Ambrosio, dignos cómplices, le habían proporcionado ornamentos eclesiásticos a su talla; el carpintero le fabricó un cáliz de madera y con cuatro tablas y unos paños blancos habíase construido un altar bajo el bosquecillo de granados. Asistían en calidad de fieles, entre intimidados y risueños, hasta una docena de chicos, compañeros de correrías en el callejón de La Merced, y Andresito, poseído de su importancia, tras muchas genuflexiones y reverencias como las que viera en las festividades religiosas, disponíase a dirigirles la palabra:

—Hermanos míos...

De pronto, quédanseles los ojos fijos en el caballero, que reía medio oculto a la distancia y, perdida toda la infantil compostura, arremangóse la sotanita y echó a correr como un gamo, dando la voz de alarma.

Todo eso había pasado.

En el niño comenzaba a despuntar el adolescente. La iniciación de los libros lo transformó por completo. Cesaron de interesarle las aventuras en comparsa y se hizo reconcentrado, meditabundo. Gustábale abandonar la ciudad e irse por el campo, a lo largo del Guaire que, con sus ligeros afluentes de suave nombre, el Anauco, el Catuche, entretejen corrientes sonoras a través de Ca-

racas y parecen invitar hacia la campiña, pasando una y otra vez bajo un centenar de puentes. Junto con el mundo interior de las letras, descubría el muchacho el universo de las bellezas naturales con que el trópico deslumbra, temprano, la fantasía. Y eran largos paseos por los saucedales de la ribera o hacia los plantíos de café que florecen albos como jazmines a la sombra roja de las eritrinas inmensas. Desde los faldeos del Avila, tras algún reposo, al levantar los ojos del libro, divisaba la ciudad a sus pies, con sus lindas casas claras, rodeadas de jardines siempre en flor, como una primavera perpetua, sus calles estrechas, sus plazas ruidosas y las torres de los templos que se distribuían en las pendientes.

Don Bartolomé reconocía en su primogénito algunos rasgos de su propio temperamento; pero acentuados con una profundidad inquietante. Ni rastros en el niño de esa indecisión blanda que a él lo había mantenido vacilante, compartido entre distintas aficiones: por un lado las artes, la música que lo atraía en especial, para la que tenía facilidad, y por otro lado el estudio de las leyes, menos seductoras, pero que se le imponían como la carrera necesaria, y que acabó finalmente por seguir, aunque sin abandonar la armonía y el contrapunto. Andrés no requería estímulos exteriores para resolverse; un impulso interno incontrarrestable, lo empujaba por el sendero único y el padre temía, a veces, por la frágil salud de ese mocito pálido a quien poseía un violento apetito de saber, de leer, de enterarse de todas las cosas.

Ya un médico amigo, que nunca había podido cu-

rar la cefalalgia crónica de la madre, le había hecho notar los peligros que para el hijo podían envolver los estudios prematuros y demasiado intensos.

Ahora estaría en la Biblioteca del Convento, con fray Ambrosio.

Saliendo de la sacristía por un patiecillo lateral, empedrado y musgoso, don Bartolomé dirigióse en busca del tío y el sobrino.

Los divisó por una ventana del segundo claustro y ambos sostenían animada charla con un tercer personaje, fraile de fisonomía enérgica y penetrante mirada que los oía, fijando alternativamente la vista en uno y otro. El caballero se detuvo un instante.

—¿Qué, se resuelve Ud.?—decía fray Ambrosio, insistente y campechano, como queriendo arrancar a su colega una respuesta que el otro esquivaba.

La entrada de don Bartolomé interrumpió la conferencia. Fray Ambrosio se levantó.

—¿Sabes?—díjole vivamente a su cuñado. Ya tenemos el maestro que buscábamos para Andresico. Y de lujo—añadió, señalando al religioso, que sonreía resignado.

—Ah! si fray Cristóbal quisiera . . . —murmuró el organista. Y se detuvo titubeando.

Bajo las espesas cejas del fraile... brillaron los ojos, negros y sumidos. Era un hombre macizo, de anchas espaldas y cabeza altanera. El caballero desvió la mirada. Parecióle advertir que su señor cuñado se había avanzado más de lo prudente y habló de su Misa, de

las dificultades que encontraba, de las dudas que tenía, de algunas consultas que habría querido formular.

—Habría deseado que Uds. me oyeran el Ofertorio—añadió, en tono de reproche—pero veo que les faltó la paciencia.

—Ea!—replicó fray Ambrosio, un poco rudamente. Si tú sabes de eso más que todos nosotros. ¿Qué podría decirte yo? Y cuanto a mi señor sobrino, más aficiones demuestra a la letra que a la música. ¿Verdad Andrés?

Blanco y delgado, con el cabello casi rubio, el muchachito paseaba las azules pupilas por los estantes de la librería, con todo el aspecto de quien desea eliminar su presencia y disolverse en el aire; pero una resolución firme dibujábase en su boca, de límpido diseño, y se tenía muy quieto entre los dos sacerdotes.

Las campanadas de la oración pasaron por el patio del convento y los cuatro se santiguaron en silencio, mientras los dos frailes decían unas preces inaudibles, moviendo rápidamente los labios.

Fray Cristóbal fué el primero en tomar la palabra: —Lo consultaremos con la almohada, que es buena consejera—dijo. Y mañana tendrán mi definitiva. No es asunto que pueda resolverse así de pronto. Además, ante todo, necesitamos la palabra del Superior.

Fray Ambrosio alzó una mano, como para apartar ese último obstáculo y don Bartolomé aprovechó el momento para decir:

—Y no estaría mal que también le pidiéramos sus

luces a Nuestra Señora de las Mercedes: si no me equivoco, deben de estar ya rezando su novena en la iglesia.

Salió con su hijo.

La verdad es que no le placía del todo la iniciativa que su señor cuñado había tenido la idea de tomar sin consultarlo.

Fray Cristóbal de Quesada tenía fama de sabio y de ser el mejor latinista de Caracas, alguno decía de todas las Américas; pero don Bartolomé conocía, justamente por fray Ambrosio, toda la accidentada historia del ahora pacífico bibliotecario.

Y no era para tranquilizarlo.

Criado desde muy niño entre las paredes del convento, vínole en hora tardía, cuando había pronunciado ya los tres votos solemnes, el pensamiento de que su vocación lo llamaba a otros destinos. La sangre de la juventud le ardió en las venas y fray Cristóbal de Quesada colgó sencillamente los hábitos. Pero sus compañeros y superiores lo amaban y el hecho pasó casi inadvertido. Tantos frailes se van a otro convento. Fray Cristóbal cambió de nombre: llamóse en adelante Carlos Sucre, apellido que no hurtaba del todo, pues era su madre próxima pariente del que tanta gloria conquistaría después como guerrero de la Independencia. Sucesivas aventuras lo llevaron hasta el Nuevo Reino de Granada y tales méritos debía de tener que pronto llegó al cargo de confianza de Secretario Privado del Virrey. Hizo por su mano muchos favores. Un



hombre agradecido pídele un día audiencia personal. Sin más preámbulos, le dice:

—Sé quién es Ud.

La turbación impidió al antiguo fraile formular una negativa. Por lo demás, el otro no quería dañarlo, sino evitarle posibles tropiezos. El secreto era conocido de varios y, para conjurar el peligro, a impulsos tal vez de un arrepentimiento sincero, Carlos Sucre reveló al Virrey toda la verdad de su situación. El magnate lo apreciaba de veras y le prometió su apoyo, bajo ciertas condiciones.

Así pudo fray Cristóbal volver al Convento de La Merced de Caracas donde le confiaron la Biblioteca.

Don Bartolomé sabía que, desde entonces, había observado una conducta ejemplar, sumergido en la lectura de los clásicos latinos; pero, sin embargo, le costaba resolverse a poner en sus manos, para que la modelara, el alma apasionada y compleja de su hijo mayor, este muchacho tan distinto de los demás que lo desconcertaba hasta inquietarlo.

La rojiza crestería de las bejarias, que almenaban el horizonte sobre los picachos redondeados de la Silla de Caracas, retenían los últimos rayos del sol, cuando don Bartolomé y su hijo abandonaron la iglesia, camino de su casa.

Hallábase ésta a poca distancia del Convento, en el mismo callejón de la Merced, y era una modesta construcción semirrural, como situada en los arrabales, entre

un huerto de granados, membrillares y naranjos, cuyas copas lucientes sobresalían por las paredes.

El caballero había resuelto someter el caso a su señora.

Aportábale ella con frecuencia un elemento de compensación que su carácter necesitaba: veía rápidamente las situaciones y no vacilaba en decidirse, tenía sentido práctico y un criterio en equilibrio estable, sin que amenguaran su energía para afrontar las dificultades los persistentes dolores de cabeza que le aquejaron toda la vida.

La encontró en el corredor del patio interno, dando a un mayordomo de su finca «El Helechal», adquirida y cultivada por iniciativa suya, instrucciones sobre una plantación de café que se ensayaba ese año. Los siete hermanos, tres hombres y cuatro mujeres, rodearon al mayor, que fué enviado por su padre a jugar con ellos, lejos de allí. Doña Ana Antonia, finiquitados sus menesteres agrícolas, volvióse hacia don Bartolomé y con una sonrisa se dispuso a escucharlo.

Largo rato conversaron los dos esposos en el corredor de pilastras, oliente a rosas cálidas. Don Bartolomé refirió punto por punto sus perplejidades, sus dudas, analizó el carácter de Andrés, hizo notar la dificultad del trance porque atravesaba, en esa edad crítica en que debía resolverse su vocación y los temores que la carrera eclesiástica, como cualquiera otra, hacían surgir en su ánimo. El ejemplo mismo de Fray Cristóbal era para meditar. ¿Qué efecto haría en la ima

ginación del mozo? Lo veía huraño, reconcentrado, siempre sumergido en libros que los niños no leen...

Anocheecía.

Una negra de andar pesado colgó frente al zaguán una vela encendida en un farol de lata y se alejó, sombra adentro.

Doña Ana Antonia, que había escuchado sin replicar palabra, dijo de pronto, terminantemente:

—Conozco al Padre Quesada. Es un santo varón y nada hay que temer por ese lado. Falta saber si acepta hacerle clases al niño... por la gracia de Dios.

Advirtió entonces don Bartolomé que, realmente, Fray Cristóbal no había contestado afirmativamente ni, mucho menos, que acaso rehusara la propuesta de Fray Ambrosio; o que se opusiera el Padre Guardián, dado que el fraile no ejercía el magisterio o que...

Una voz interrumpió el hilo de sus reflexiones. En la habitación vecina, a través de los barrotes de hierro, la delgada silueta de Andrés agitábase contra la luz que venía de adentro y su acento claro, nítidamente modulado, decía, ante el coro absorto de los siete hermanos:

Hipógrifo violento  
que corriste parejas con el viento  
¿dónde rayo sin llama,  
pájaro sin matiz, pez sin escama...?

Doña Ana Antonia López alzó un brazo. Inclínandose hacia ella, don Bartolomé murmuró quedo:

—Tengo temor a veces de que se vuelva loco.

Una risa clara y alegre fué su contestación. La señora decía:

—Ah! no, eso no!

Y había en su tono tan firme certidumbre, que el caballero se sintió tranquilizado.

## II

Los hechos no confirmaron las dudas de don Bartolomé ni el temor que había expresado su señora. El Padre Quesada aceptó el cargo, dió su venia con mucha voluntad el reverendo Superior y fray Ambrosio López se pudo lisonjear con la esperanza de que, esta vez, su familia daría una lumbrera a la Orden Mercedaria.

Para el joven constituyó fortuna providencial el hallazgo de tal maestro.

Hasta allí, su instrucción se había limitado a las nociones elementales que podía recibir en casa y a lecturas dispersas, no siempre bien elegidas, que el azar y sus pequeños recursos le proporcionaban en el reducido comercio de Caracas.

Iba a entrar por primera vez en un sistema pedagógico ordenado. Sin la amistad de los frailes y la influencia de su tío, esperábase, según todas probabilidades, alguno de esos viejos profesores que preparaban entonces a los niños para ingresar a los colegios, dómines de pocas lu-

ces, apegados servilmente a la rutina, que repetían con mecánica insistencia su Gramática de Nebrija y querían incrustar la letra en las memorias reacias mediante procedimientos como los que la Inquisición aplicaba a los herejes, de donde solía resultar un perdurable horror a los estudios.

Fray Cristóbal difería de ese tipo tanto como el mozo se apartaba de los alumnos corrientes.

Solos en la amplia sala de la biblioteca conventual, sus lecciones parecían una charla íntima, en que aportaba el uno sus conocimientos, su experiencia, la madurez de un juicio formado en la vida y el estudio, y el otro, su ávida curiosidad ante el mundo que iba describiéndosele. La lengua latina daba el hilo conductor. Andrés aprendió con fácil celeridad las nociones iniciales y pronto entraron a analizar la frase, desmontando las piezas de ese admirable mecanismo creado por la lógica y que satisface tanto el cerebro. Una especie de instinto espontáneo ayudaba a Andrés a seguir los razonamientos didácticos, a distinguir sin trabajo el oficio de las palabras o los accidentes de la declinación; y más de una vez los ojos agudos del hombre, adiestrados en aquellas disciplinas, miraron sorprendidos la súbita claridad que los del muchacho despedían.

Antes de mucho hallóse el joven apto para abordar la traducción de obras maestras y entonces las horas pasaron rápidas en la compañía de los autores que ilustraron la elocuencia, el teatro, la poesía o la historia. El Padre Quezada los conocía de cerca y con amor. Bre-

ves síntesis biográficas situaban al personaje en su país y su época, y luego venía el saborear minucioso de la prosa o el verso, la indicación de las hermosuras particulares y también de las flaquezas características de cada uno. Entre líneas, alzábanse las reglas de la composición con su inmutable arquitectura y el armonioso secreto de la medida y la consecuencia, reveladas a Roma por el genio de Grecia.

Una tarde, el calor de la atmósfera tropical, aunque temperado en Caracas por el viento de las montañas, los incitó a dejar la biblioteca, y maestro y discípulo salieron a proseguir la lección bajo las palmeras y los bucares que sombreaban el huerto de la Merced.

El reposo del aire, el transparente silencio de las hojas, los ligeros movimientos de los pájaros al acomodarse entre las ramas o el grito invisible de otros, a la distancia, trajeron vivamente a la imaginación del fraile la dulzura de las églogas de Virgilio, el poeta de los campos y los pastores, enemigo del bullicio callejero y que no podía soportar sobre sus hombros la mirada de la mûchedumbre. Andrés recibió encargo de buscarle uno de sus volúmenes y, juntos, paseando lentamente, comenzaron la lectura de las bucólicas.

Desde aquel día, la sombra encantada del vate habitó entre ellos, acudió a sus citas y no los dejaría más mientras duraran sus lecciones.

El fraile encontraba en sus estrofas sensuales, de tan puro diseño y cuya música fresca se ha comparado a la de Mozart, el encanto que hallan los corazones violen-

tos, en la declinación de los ardores y cuando se ha visto pasar el hervor de la existencia, contemplando el espectáculo de la pasión encadenada y pudiendo, ya sin peligro, bajo ese puro cristal, «reconocer la antigua llama».

Desde su rústica heredad del Mincio, Virgilio llegaba a hablarles del río verde profundo que nace en el lago Benaco, o Garda, corre entre colinas irregulares, poco elevadas, cubiertas de viñedos, y descendiendo a través de un valle hasta la ciudad de Mantua, ampliase allí «y se pierde en lentos rodeos sinuosos, velando sus márgenes con un tenue cinturón de juncos».

El alma del religioso podía complacerse sin temor en compañía del poeta que guió al Dante y que, por su elevación ideal, se creyó que había presentado a Cristo.

Las clases de Latín se prolongaban. En realidad, con ese nombre, eran una preparación completa para los estudios siguientes, que correspondían a nuestra segunda enseñanza, la cual se daba entonces bajo la denominación genérica de Filosofía.

Impaciente y curioso, quería el aprendiz incorporarse luego a ese curso, juzgándose con suficientes aptitudes; pero fray Cristóbal lo retenía uno y otro año, para imprimirle hasta el fondo del espíritu la gran disciplina que impone el conocimiento acabado de un idioma, especialmente el de esa lengua madre que es como la razón humana escrita.

No lo dejó llenar su propósito la muerte.

Tradujeron el libro cuarto de la Eneida. Pasaron de la lengua muda y consagrada a los términos vivos

del idioma familiar las luchas y el amor de Dido, su vencimiento, los goces rápidos y la expiación cercana, los gritos de venganza en el abandono, los desesperados clamores al cielo y, por fin, la puñalada sobre la pira fúnebre, frente a las velas que empuja el viento del mar.

La vieja biblioteca conventual presenciaba un espectáculo extraño esos últimos días; pero el niño no pudo saber que asistía al final de un drama y que los libros de edades remotas, cuando el genio los ha animado, encierran más verdad de la que sueña la fantasía.

La desaparición del Padre Quesada dejó a su alumno libre para entrar al Seminario de Santa Rosa, colegio eclesiástico fundado cien años atrás y que, desde principios del siglo, tenía privilegios de Universidad Real y Pontificia e igual categoría que la de Salamanca; pero aunque las conversaciones de los frailes y el entusiasmo de fray Ambrosio habían difundido el nombre de portento que ya, ante de los quince años, seguía al del joven Andrés, no pudo éste matricularse en seguida por faltarle aún los exámenes de competencia.

Hubo de seguir otro año clase de latín.

Ahora salía de los claustros conventuales y dejaba el recogido aislamiento de la biblioteca para afrontar, ante un nuevo maestro y en presencia de auditorio, las pruebas decisivas que calificarían sus estudios.

Inquietos cozados y cuchicheos maliciosos corrían por los bancos de la sala cuando el profesor, un sacerdote tan bueno como sabio, el doctor don José Antonio



Montenegro, pronunció desde la cátedra el nombre de Andrés Bello y López. El muchacho experimentaba por vez primera en el ambiente la instintiva malquerencia de toda multitud, aun en mínima escala, contra el forastero que llega intimidado y sin títulos. La familia Bello carecía de riquezas y pergaminos; el trato con los mercedarios no había desenvuelto los modales de quien se consideraba como futuro novicio y todo le parecía difícil, inseguro, sembrado de peligros.

A solicitud del «primero de la clase», interesado en mantener sus derechos, el joven recibió la invitación de abrir la «Selecta de Autores Profanos» y leer cierta página señalada por la rareza de sus términos y la complicación de sus construcciones que la mayoría juzgaba indescifrables.

La tarea resultó elemental para el nuevo educando, hecho a vencer obstáculos mayores, y el texto latino recibió una versión flúida y fácil que hizo cambiar paulatinamente la expresión de sus compañeros. A la secreta hostilidad sucedió un silencio expectante y la aprobación calurosa del maestro, que era Vicerrector del Seminario, acabó por inclinar en su favor todas las voluntades.

Bello quedó consagrado desde ese momento como el mejor alumno.

La consideración que pronto iría ganándose entre sus condiscípulos llegó a la cúspide, no mucho tiempo después, cuando el propio señor Montenegro, en un arranque de espontánea ingenuidad, muy de su carácter, ha-

biéndole oído observaciones personales y atinadas sobre una lección, le declaró públicamente:

—Ud. sabe más latín que yo.

La buena estrella que guiaba al joven seguía iluminándolo.

Don José Antonio Montenegro concibió por él un afecto paternal. Era un alma cándida que atormentaban los escrúpulos. En sus mocedades lo había seducido la corriente de ideas francesas que atravesaba la Península y solía tocar hasta los espíritus avanzados de la Colonia. Quiso leer a esos autores famosos en el original y, por Bossuet y Fénelon, fué desliziéndose hacia los menos recomendables de los enciclopedistas. Llevábalo la santa intención de componer una obra apologética en que las verdades eternas resplandecerían y, así, recorrió casi todo el Índice de libros prohibidos, previa, se subentiende, la necesaria licencia eclesiástica. Las fuerzas le faltaron en el último instante; los argumentos no acudían a su llamado y el temor a la duda lo angustiaba. Reconoció que había pecado contra la modestia y, tras muchos actos de fervorosa contrición, abandonó en otras manos su proyecto.

Ese descalabro íntimo, que no era ignorado, le dejó persistentes remordimientos a los que aludía con dulzura, mediante circunloquios.

Viendo al joven Bello apasionarse en la lectura de los clásicos latinos o escuchándole estrofas del poeta que su primer maestro le había enseñado a amar, solía decirle sentenciosamente:

—Los caminos del dominio son inextricables.

Las amistades contraídas en el Seminario y su fama de sabio precoz relacionaron a Andrés con otros jóvenes amigos de las letras, y en especial con uno de ellos, perteneciente a las mejores familias venezolanas: José Ignacio Ustáriz, sobrino del marqués del mismo nombre. Este considerable personaje, residente en Madrid, frecuentaba la casa del conde de Aranda y correspondía con sus sobrinos, enviándoles a veces paquetes de libros que no eran siempre de ciencia o devoción. Los Ustáriz de Caracas mantenían una especie de tertulia literaria, donde se comentaban los sucesos de actualidad y en la que Bello pudo oír hablar, no ya como de algo remoto y legendario, sino accesible y próximo, sobre los revolucionarios que traían conmovido al mundo, sobre los filósofos enemigos de la Iglesia y también de aquellos oradores y dramaturgos que la admiración había consagrado y cuyo renombre cedía, no obstante, al esplendor de glorias más recientes y menos tranquilizadoras.

Tales noticias avivaron su curiosidad. José Ignacio Ustáriz le obsequió una Gramática Francesa, y Bello se puso a aprender empeñadísimo este idioma, consultando las dudas que le ocurrían con su generoso amigo, o con un visitante de su propia casa, M. Blandin, francés aficionado a la música y que había revelado a su padre, don Bartolomé, las obras de Mozart, de Haydn y de Pleyel.

Todo un horizonte nuevo se le abría.

El peligro no pasó inadvertido a los ojos de don José Antonio Montenegro. Paseaba por los corredores del colegio, dirigiendo aquí una pregunta, haciendo allá una advertencia, cuando divisó al pie de una pilastra a su joven alumno predilecto, absorto en las páginas de un libro. Se lo pidió. Eran las tragedias de Racine en el original. Don José Antonio Montenegro se las devolvió suspirando:

¿Ya ha aprendido el idioma? ¡Cuidado! Así empezaron otros...

Y Andrés hubo de escucharle pacientemente una pequeña disertación llena de reticencias que se reducía a mostrarle los grandes peligros que asaltan, aún a los espíritus mejor intencionados, cuando se dejan coger por los encantos de la lengua francesa.

El buen Vicerrector debió convencerse de que, en todo caso, esos peligros serían lejanos.

A fines de año, Andrés Bello obtuvo triunfos escolares resonantes que hicieron correr a Fray Ambrosio a casa de su cuñado y que arrancaron una sonrisa orgullosa a la habitual melancolía de don Bartolomé. El administrador de las rentas universitarias, don Luis López Méndez, había ofrecido un premio al que escribiera la mejor pieza oratoria sobre un tema dado. Bello lo conquistó. El Rector del Seminario estableció otro para la traducción más propia y elegante de sendos trozos, alternativamente, del Latín al Castellano y viceversa. El alumno Bello se llevó esta segunda palma, en competencia con doce condiscípulos.

Vinieron, por último, los solemnes exámenes en la capilla universitaria, con asistencia de todos los catedráticos y el aparato solemne de que estas ceremonias se rodeaban. Presidía la mesa un viejecito diminuto, cabeza alba y cuerpo encorvado que, tal vez, en la infancia, había merecido su nombre y que, sin duda, volvía a merecerlo en la ancianidad: llamábase el señor Lindo. Tan cumplidamente lució Bello en su presencia los conocimientos adquiridos, que el señor Lindo, enternecido, le regaló un medio real de los llamados «de carita».

Al año siguiente, pudo Andrés incorporarse al curso de Filosofía y «Nos, el doctor don Pedro Martínez, «maestrescuela dignidad de la Santa Iglesia Catedral, «Juez Eclesiástico y Ejecutor de las constituciones de «esta Real y Pontífica Universidad, etc. Por cuanto, por haber don Andrés Bello, natural de esta ciudad, héchonos constar con la partida de bautismo ser «hijo de padres blancos, a efecto de impetrar licencia «para vestir hábitos talarés de estudiante, hemos venido en concedérsela con tal que haya de asistir a «los estudios con la modestia y honestidad que le tenemos encargada observe en su traje y arreglo de «costumbres, en que principalmente deben aventajarse «los jóvenes que se aplican al estudio de las ciencias». «Dada en Caracas, a 15 de Septiembre de 1797. «Firmada de nuestra mano, sellada y refrendada . . . ».